

Porque todos los mas de aquella era,
Segun manifestaba su presencia,
Eran, demás de ser gente guerrera,
Hombrazos de valor y de prudencia,
Y que sabian do menester era
Vivir con vigilancia y advertencia,
No queriendo por bajas aficiones
Cobrar con indios malas opiniones.

Pues la visita por las damas hecha
Que para trompezar iban a pique,
Tuvo por certísima sospecha
Hacerse por industria del cacique;
Pero ninguna cosa le aprovecha
Por no la ver de que se certifique:
Mas sin que de Cipacua me muevo,
Añadiremos una cosa nueva.

Y es decir Juan de Cuevas, que primero
Que con Cipacua fuesen los conciertos,
Hubo con Tubará recuento fiero
A la subida de sus altos puertos;
Murió don Juan de Vega Caballero
Después que por él fueron muchos muertos,
Y allí también de pálidos metales
Ovieron crecidísimos caudales.

Y captivo quedó Morotoava,
Y otro cacique, Hare, su sobrino;
Hallaron templo donde se adoraba
Con gran veneracion un puercó espino,
Que por romana vieron que pesaba
Cinco arrobas y media de oro fino,
El cual puercó hallaron en Cipacua,
Y otro templo también en Cornapacua.

En el cual (estos hombres insensatos)
Eran por dioses suyos adorados
Con grandes ceremonias ocho patos
Que pesaron cuarenta mil dudados,
Donde tuvieron bien para zapatos
Este gobernador y sus soldados;
Así que de Cipacua y sus recodos
Salieron bien aprovechados todos.

Tuvieron pues allí la noche fria
No sin fuerza de guarda vigilante;
Y al tiempo que llegó la luz del dia
Quien regia la gente caminante
Al cacique le dijo, que quería
Pasar con sus soldados adelante,
Y que para cumplir con lo que debe
Trabajaría de volver en breve.

Y entonces como menos impedido
Oiría las contiendas y debates
Acerca del agravio recibido
De Cambayo, cacique de Mahates,
Pues había de ser restituido
Cipacua con aumento de quilates,
Certificándose de la malicia,
Y á cada cual guardando su justicia.

Y que siempre harían asistencia
Dentro de Calamar muchos cristianos,
Por venir con poderes y licencia
Del mejor rey de todos los humanos,
A quien debían honra y obediencia
Los príncipes y reyes soberanos,
Y á quien daban tributo y vasallaje
Las naciones del mas alto linaje.

Y el ansimismo para que pudiese
Gozar de quietud con beneficio,
Mucho le convenia que se diese
Con los demás á su real servicio;
Pues cada y cuando que menester fuese
En él tenía defensor propicio,
Amparando sus tierras y haciendas
De cualesquier tiránicas contiendas.

Item, le dijo no ser sus concetos
Otros en ir á ver tierras estrañas,
Sino para decilles, si quietos
Quieren tener albergos y cabañas,
Se hagan tributarios y subyentos
Al poderoso rey de las Españas,
Y lo mismo le daba por consejo
A él, pues tiene tiempo y aparejo.

El indio no dejó de estar atento
A lo dicho por lengua suficiente,
Y tanteó con el entendimiento
Cuál sería menor inconveniente;
Y al cabo se resume ser contento
De darse por vasallo y obediente
De rey que tiene por vasallos reyes,
Y estar en obediencia de sus leyes.

De quel gobernador vió la respuesta
Que con su voluntad correspondia,
Dióle las gracias, hizole gran fiesta,
Y presentóle cosas que traia,
Bonete colorado con su cresta
De pluma roja con argenteria,
Camisa, zarafuelles, ciertas euentas,
Y para sus culturas herramientas.

También á la partida se le ruega
Que todos los demás indios ablande;
Y así fué caminando sin refriga
De indio que con guerra se desmande,
Hasta tanto que con su gente llega
A beber de las aguas de rio Grande,
Dejando con los buenos tratamientos
Todos aquellos bárbaros contentos.

Y por no ser molesto ni pesado
Al tiempo de pasar esta frontera,
Puesto caso que fuese convidado
Para dormir en casas de madera,
Nunca metió su gente por poblado,
Y siempre quiso ranchearse fuera;
También porque si indios maleasen
Tuviesen campo do se rodeasen.

Pacificando pues estas naciones
Prosigue sin azar aquella via,
Hasta dar en las grandes poblaciones
De la tierra que llaman hoy Maria:
Allí pararon nuestros escuadrones,
Y fué concierto de la compañía
Volverse por rodeos y desvíos
A Zamba do dejaron los navios.

Donde con gran contento y alegría
Se cumplió su deseo y esperanza
De vellos en el puerto, pues había
Sido de cuatro meses la tardanza,
Y con aquel temor que se tenía
Estaban ya para hacer mudanza:
Al fin á Calamar los encamina,
Y él fué con los demás por la marina.

Adonde todos juntos, se hicieron
Fiestas y juegos de mayor substancia,
Y es porque del rescate que trajeron,
Habido por aquella circunstancia,
Pagado real quinto, les cupieron
A mas de seis mil pesos de ganancia,
Con que compraban fanfarrona seda,
Como bullían ya con la moneda.

Fueron luego por partes diferentes
Algunos capitanes y soldados,
Para pacificar las otras gentes
Cuyos pueblos no fueron visitados;
Vinieron los mas dellos obedientes
Siendo con santa paz amonestados,
Y los rescates de oro por momentos
Iban en caudalosos crecimientos.

Al fin que como no vuelven vacíos,
Y en rescatar se daban buena maña,
Crece la poblacion de los bubios;
Dábales materiales la montaña,
Llegaron pues al puerto dos navios
Que del Nombre de Dios iban á España;
Holgáronse de ver aquel arena
Con renoubr de nueva Cartagena.

Saltan en tierra no sin gran contento
De ver escala para su viaje;
Hizoseles muy buen acogimiento;
Hallaron pasajeros hospedaje;
Dióles Pedro de Heredia bastimento
Por venir faltos de matalotaje,
Y al tiempo del partirse les suplica
Digan do quiera ser la tierra rica.

Y que podían afirmar por cierto
Ser demás de lo dicho tierra sana,
Con apacible y escelente puerto
Para contractacion cuotidiana,
Y para mas prosperidad abierto
Camino, por estar su gente llana,
La cual como les era ya propicia
Daban de mas adentro gran noticia.

No dijeron á sordos las razones,
Pues do quiera que cada cual surgia,
Allí solemnizaba con pregones
La gran riqueza que se descubria
En aquellas provincias y regiones,
Demás de la que ya se poseia,
Y que los naturales antes bravos
Servían ya mejor que los esclavos.

Luego la fama como suele vuela
Entre guerreros y entre contractantes:
Alistan el espada, la rodela,
Limpian las armas olvidadas antes;
Cual carga nao, cual la carabela,
De caballos y cosas importantes,
Como de sedas, granas, perpiñanes,
Finisimas holandas y ruanes.

Fué luego la ciudad de Cartagena
Frecuentada de barcos y navios,
Y en breve tiempo la ribera llena
De ricos y costosos atavios,
Que vienen á buscar dorada vena
Y á conquistar no vistos señorios;
Los españoles van en crecimiento
Y las contractaciones en aumento.

Con las cuales engruesa su hacienda
El mercader sagaz á quien le toca;
Vereis vacías una y otra tienda
En breves dias y en distancia poca;
La tasa de los precios y la rienda
Era por la postura de su boca,
Y en aquel tiempo que se representa
Iban juntas la paga con la venta.

También á vueltas de los mercaderes
Llegaron en aquellas coyunturas
Los molestos melindres de mujeres
En seguimiento de sus aventuras;
Unas dellas con sueltos pareceres,
Y otras con maritales ligaduras,
Cuyas fantásticas ostentaciones
Se confirmaban con postizos dones.

Jactándose de noble parentela,
Tal que ninguna padecia mancha,
Arrastra cada cual sérica tela,
No cabe por la calle que es mas ancha:
Una se puso doña Berenguela,
Otra hizo llamarse doña Sancha:
De manera que de genealogia
Esa tomaba mas que mas podia.

Salen á luz vestidos recamados,
Con admirables frescos guarnecidos;
Relumbran costosísimos tocados
Que de rayos del sol eran heridos;
Otras sacan cabellos encrespados
Y en redecillas de oro recogidos;
Y así con vestiduras escelentes
Llevan tras sí los ojos de las gentes.

No dejan los plateros á la balda,
Pues los ocupan en labralles oro;
Engástase la perla y esmeralda,
Y otras piedras anejas á tesoro,
Tiene ya cada cual paje de falda,
Por mas autoridad y mas decoro;
Adórnase los dedos con anillos;
Penden las arracadas y sarcillos.

Del galán á la dama corre paje
Con blanda locucion y bien compuesta;
Oyese por las partes el mensaje;
Vuelve no menos grata la respuesta;
La dulce seña sirve de lenguaje
Do la palabra no se manifiesta;
Estaba todo lleno finalmente
De todos tractos y de toda gente.

Y siempre sucedían compañeros
Que llegaban de todas condiciones,
Pues que vinieron hasta melcocheros
Y gozaron de tales ocasiones,
Que volvieron cargados de dineros
De vender sus melcochas y turriones,
Por estar todo tan de oro hecho
Que nadie daba paso sin provecho.

Viendo pues la ciudad bien pertrechada
Quien de la gobernar tenia cargo,
Y como para ser perpetuada
No le podían ya poner embargo,
Determinó hacer una jornada
Cuyos caminos fuesen á lo largo
Acia la mar del Sur, cuya riqueza
Se publicaba ser de gran grandeza.

Año de treinta y cuatro por enero
Iba corriendo, cuando hizo lista
Del práctico peon y caballero
Para continuar esta conquista;
Examináronse por él primero
Con la conversacion y con la vista;
Y así por acudir á sus intentos
De todos escogió hasta ducentos.

Varones de quien él hacia cuenta
Ser tales al rigor mas importuno,
Y que metidos en cualquier afrenta
Podría recelarse de ninguno:
Serían de caballo dorada vena
Con dos y tres caballos cada uno,
Con todos los pertrechos y la carga
Que se requieren en jornada larga.

Y también entre dos ó tres peones
Para carga llevaban un rocino,
Do cargaban aquellas provisiones
Necesarias al cauto peregrino;
Hachas, machetes, barras y azadones
Con que pudiesen allanar camino,
Y pasos que impidiesen el pasaje
Para prosecucion de su viaje.

Aderezado pues el aparato,
Hizo de los oficios nombramiento,
Los cuales de presente no relato
Por no dar al lector desabrimiento;
Y también quiero descansar un rato
Con presupuesto de volver al cuento,
De manera que sea manifiesto
Todo lo sucedido después desto.

CANTO TERCERO.

Donde se cuenta cómo el gobernador Pedro de Heredia salió de la ciudad de Cartagena con docientos hombres bien aderezados, y llegó á la provincia de Cenú, y lo que mas aconteció en su pacificacion y conquista.

Muchas veces se ve por experiencia,
Demás de lo que consta por lectura,
Que suele ser la viva diligencia
Guia para tener buena ventura;
Mas en los hombres faltos de prudencia
Aquesta también es de poca dura,
Y muchos vemos de riqueza llenos
Que procurando mas vienen á menos.

Y en parte no fué libre destas penas
La cudicia de nuestro caminante,
Pues sin la defender armas ajenas
Dieron en tierra rica y abundante;
Y con tener allí las manos llenas
Procuraron pasar mas adelante,
Y faltó poco por sus desvarios,
Para que se volvieran manvaciós.

Porque yendo la gente caminando,
Movida y alentada por la fama
Que de riqueza dió barbaro bando,
En la sierra que de Abreva se llama,
Tierra poco poblada conquistando
De la que fuera della se derrama,
Llegaron adestrados por las guias
Al Cenú las cristianas compañías.

Donde paró la gente castellana
Algunos días para su reparo,
A causa de tener larga zavana
Y no de caza su compás avaro,
Porque todo lo mas es tierra llana
Y á manchas también tiene monte claro,
Con perdices, conejos y venados,
De que se proveían los soldados.

Corriendo pues el seno comareano
Heredia con los hombres principales,
Una ciudad hallaron en lo llano
De pocos aunque ricos naturales,
Huídos del ejército cristiano,
Con hijos y mujeres y caudales;
Y así por no hallar impedimento
Dentro della tomaron aposento.

A fin de ranchar algún alhaja
Un negro del Heredia muy ladino,
Que con favor del amo se aventaja
A visitar las casas del vecino,
Una mucura vió como tinaja
Cubierta con chaguala de oro fino,
La cual á su señor puso en las manos
Y pesó cuatrocientos castellanos.

En este cobertor la vista ceba,
Con el cual se recrea y alcohola;
Y para dalles esta buena nueva
Luego mandó llamar gente española,
Diciendo: «Tierra que esta fruta lleva
No debe de tener aquesta sola;
Antes nos hace ciertos tal encuentro
Del bien que nos espera mas adentro.

» ¡Ea! que la fortuna nos es diestra
Y guía nuestros pasos de buen arte,
Pues no faltando diligencia vuestra
En buen puesto tenéis el estandarte;
Y si lo demás es como la muestra,
Por cien mil pesos no daré mi parte
En este solo pueblo, si es habido
Aquello que dejaron abscondido.

Acude la cristiana compañía
A ver pieza que tanto se señala;
Fué sumo su contento y alegría
Viendo tan gran grandeza de chaguala,
Demás de la fineza que tenía,
Quel oro mas subido no le iguala
De lo que mas afuera comunmente
Solía poseer la demás gente.

Luego con la hambrienta golosina
De cada casa buscan el erario;
Vuela por todas partes la rapina
Buscando los rincones del contrario;
Y en una plaza vieron al esquina
Un grande y espacioso santuario,
Tan capaz, que tenía cumplimientos
Para dar á mil hombres aposentos.

Y aun dos mil hombres no quedaran faltos
De lugares cumplidos y bastantes:
Dentro dél se pusieron en dos saltos
Esos que por allí llegaron antes:
Idolos veinte y cuatro vieron altos
Todos como grandísimos gigantes,
De madera labrada lo intestino
Y lo de fuera hoja de oro fino.

Tenía cada cual puesta tiara
O mitra de oro puro bien tallada;
De dos en dos tenían una vara
Sobre sus anchos hombros travesada,
Cuyas posturas son cara con cara
Y una hamaca del baston colgada,
En las cuales hamacas recibían
El oro que los indios ofrecían.

Era todo lo mas oro labrado
Y había también oro derretido,
Finísimo después de quilatado,
Puesto que por encima denegrido,
Que algún tiempo debió de ser quemado
Aqueste santuario referido;
Y así los indios con aquel mal talle
Se lo dejaron sin osar tocalle.

Había muchos árboles afuera
Pegados con el dicho santuario,
Colgados de los ramos en hilera
Campanas de oro no de talle vario,
Mas en tamaños, formas y manera,
Segun un almirez de boticario;
Y en un momento manos bien instructas
Los despojaron destas bellas fructas.

Recogidas las dichas campanillas,
Cuyo sonido daba gran consuelo,
Para ver si eran de oro las costillas
Derriban las estatuas en el suelo:
Quitan las vestiduras amarillas,
No de brocado ni de terciopelo,
Mas oro puro, hoja mal batida,
De mas valor cuanto menos polida.

Todos estos despojos congregados
Con la fidelidad que convenia,
A su rey y señor quintos pagados,
El restante del oro bien valdria
Mas de ciento y cincuenta mil ducados
Para partir entre la compañía;
Que fué para principio buen rancheo,
Mas no tal que hartase su deseo.

Pues inquiriendo guías deste suelo,
Del cual mas beneficios esperaban,
Ovieron á las manos un mozoelo,
Natural del lugar adonde estaban:
Preguntó luego cudicioso celo
Por el rico metal que le mostraban,
Y el indio prometió que los pornia
Adonde suma cantidad habia.

Oyendo tales nuevas como estas,
Apercibiéronse para seguillo,
Haciéndole regalos, mimes, fiestas
Al que promete dalles amarillo;
Los piés lijeros y las manos prestas
Porque no huya por algún portillo,
El que causas gravísimas concluye,
Y tarde y mal aquel de quien él huye.

Mas no fué necesario mudar hito
Para se descubrir este misterio,
Pues en el santuario que repito
Y á la redonda por el cementerio,
Que tomaba muy grande circúito,
Aquel que padecía captiverio
Les dijo: «Cuanto veis en esta tierra
Tesoros prosperísimos encierra.

» Porque segun antigua gente canta,
Y es opinion de todos mis mayores,
Esta que veis es toda tierra santa,
Llena de sepulturas de señores:
Encima dellas ponen una planta
Destas que veis ó grandes ó menores,
Y otras en la grandeza mas enhiestas,
Segun los tiempos en que fueron puestas.

» Así que, porque el muerto menos pene,
Aqueste lugar toma por abrigo,
O natural ó quien de lejos viene,
Y aqueste suele ser orden antigo,
Que las preseas quel defunto tiene
Al mundo donde va lleva consigo,
Y la macana y arco y el aljaba
Con que cuando vivia peleaba.

» Y aquellos que tenía por captivos,
Aceptos á sus ojos y presencia,
Ansimismo con él entierran vivos
En señal de dominio y obediencia,
Sepultando también en los archivos
Las concubinas de mayor decencia,
A fin de que lo sirvan y regalen,
Y allá valgan con él lo que acá valen.

» La cueva que le hacen es cuadrada,
Y aquella tierra que sacaron fuera
Es luego del sepulcro desviada
Sin la volver al hoyo de donde era;
Y llénanlo de tierra colorada
Que cogen de la haz de una ladera;
Y en el sepulcro ponen pan y vino
Para matalotaje del camino.

» En un dubo lo ponen asentado,
Que muchos dellos suelen ser de oro;
Ansimismo pendiente del otro lado
La mochila de hayo y el poporo;
De todos sus sirvientes rodeado,
Acompañados ya de mortal lloro;
Mas hace que este llanto se reprima
La mucha tierra que echan por encima.

» Y sepulturas hay piramidales,
Hechas á la manera de montones,
Que no tienen tan prósperos caudales
Por ser no de tan altas condiciones;
Estas son las que veis por las señales
De mogotillos ó de farallones,
Las cuales no terminan tanta valia,
Pero ninguna dellas hay vacia.

» Pudiera daros cuenta mas menuda
De los lloros, areitos, borracheras,
Manera de llorar de la viuda,
Triste cantar de las endechaderas;
Pero basta lo dicho, pues sin duda
Son estas relaciones verdaderas;
Por tanto si buscáis prósperos dones
Anden listas las manos y azadones.

Dijo, mas no dejaron sus progresos
A causa de pensar que les engaña,
Viendo los dichos árboles tan gruesos
Y aun mas que los de mas vieja montaña;
Y haber debajo los defuntos huesos,
Todos los mas pensaban ser patraña
Eran hobos los mas y ceibas tales
Que su grandor admira á los mortales.

También á las sazones hubo gente
Que sospechaba por algún respeto
Quel gobernador maliciosamente
No mandó descubrir este secreto,
Por consultallo con algún pariente
Y volver con sus negros al efeto,
Sin testigos de gentes españolas,
Y sacar las riquezas á sus solas.

Juan de Orosco fué de los que digo,
Capitán de valor bien conocido,
El cual tenía voto de testigo
Que pudo deponer de lo que vido,
É yo lo tuve siempre por amigo
En aquesta ciudad donde resido;
Persona bien dotada de prudencia
Y á quien se puede dar toda creencia.

El cual en prolijísimos ringlones,
Antes que viesse su fatal partida,
Hizo libro de peregrinaciones
Hechas en el discurso de su vida,
Y también escribió destas regiones
Alguna parte no tan estendida,
En su libro llamado *Peregrino*,
Cuanto yo podré dar deste camino.

Otros afirman quel Heredia dijo:
«Si por las sepulturas comenzamos,
Haremos menester tiempo prolijo,
Y no podremos ir adonde vamos
Sin grandes pesadumbres y cojiño
Del agua, del invierno que esperamos;
Y si algunas los indios ven abiertas
Sacarán las mejores y mas ciertas.

» Pues tienen de pensar que volveremos
Al cebo, si las vieren comenzadas;
Ansí que mejor es que las dejemos
De la suerte que están disimuladas:
Que si lo hay, aquí lo hallaremos,
Desengañándonos con las azadas;
Mas agora mi parecer se cierra
En que vamos á ver lo de la sierra.

No queriendo creer pues del salvaje
La relacion particularizada,
Determinaron de hacer viaje
A la sierra que tengo declarada;
Proveyéronse de matalotaje,
Menos de lo que pide gran jornada,
Y el oro que tenían rancheado
Quedó secretamente sepultado.

Pusieron en efecto la partida
Por grandes asperezas de caminos;
Hallan la tierra falta de comida
Por la tener alzada los vecinos;
Sobrevino gran lluvia y avenida,
Terribles y espantables torbellinos,
E ya por los poblados, ya por yermos,
Los mas de los soldados van enfermos.

Fueron con gran trabajo prosiguiendo
Sin hallar do tomar algún reposo;
Los rios sin cesar iban creciendo,
Y el curso dellos es impetuoso;
Ya la gente se va disminuyendo
A causa del invierno riguroso:
Hijo no hay que á padre dé la mano,
Ni hermano que se valga del hermano.

Y aunque mas por algún rastro procedan
Menos fin hallan á sus desventuras,
Y pocos en el campo que ya puedan
Mandar las descarnadas coyunturas;
De dos en dos y tres en tres se quedan
Muertos y sin gozar de sepulturas;
Demás desto los indios en algunos
Pasos también les eran importunos.

Viendo que todo bien se les oculta
Y que su perdicion era patente,
Entraron los mas sanos en consulta
Con el gobernador y su teniente;
Dieron su parecer, del cual resulta
Al pueblo del Cenú volver la frente,
Viendo que con trabajo tan terrible
Era no morir todos imposible.

Con los mismos trabajos escesivos,
Tanto que no podré yo numerallos,
Volvieron, aunque pocos dellos vivos,
Cuyos mantenimientos eran tallos
De bihaos que son muy dejativos,
Y con alguna carne de caballos,
O de los que de flacos se quedaban,
O que también de noche los mataban.

Es el bihao dicho, cierta planta
Que por lugares cenagosos sale,
Como plátano blanda, mas no tanta
Su grandeza que con la dél iguale;
Es su cogollo cebo de garganta
Del que no tiene con que la regale;
Comida triste, floja, desabrada,
Y mas cuando sin sal está cocida.

Tiempo fué que comí tales bocados,
Y en oillos nombrar agora temo:
Pues cuando los procuran los soldados
Es ya señal que están en el estremo;
Tallos tiernos de bobos sancocados
Alguna vez me fué manjar supremo,
Y mas si los cocíamos con bledos,
Porque les dan sabor por ser acedos.

Algún tiempo también las verdolagas,
Si las había por algún terreno,
Cuando se padecían estas plagas
Con ellas proveíamos el seno;
Y los jueces dan muy malas pagas
A quien de mal camino hizo bueno,
Porque viniesen ellos caminando
A vino y á capones regoldando.

Esto no tiene fin si se comienza,
Y así fuera mejor dalle de mano;
Mas es sobrada ya la desvergüenza
Que tienen con el pobre baquiano,
Sin esperar razon que los convenza,
Ni derecho ni mando soberano;
Y todo lo mejor de las conquistas
Se llevan holgazanes papelistas.

Y estos con quien usaron de halago
Y por quien encargaron su conciencia,
Esos mismos después les dan el pago
Al tiempo que les toman residencia;
Y algún día que vimos aciago
Visitador revuelto con audiencia,
Estos fueron la causa de su tema,
Y al fin, del monte sale quien lo quema.